

## *El pozo de las palabras.*

Tenía asumido que esa tarde no iba a encontrar el libro adecuado, pero me equivoqué. Será mejor que lo cuente todo desde el principio.

Era un día como otro cualquiera, y salí del colegio a toda prisa, sin pensar que estaría lloviendo, pero ni la lluvia impidió mi camino. Me dirigía hacia la biblioteca desesperadamente, sabiendo lo que encontraría: nada que me gustara o que me interesara. Aun así, tenía que intentarlo.

Cuando llegué, estaba empapada por completo. Agotada por la carrera, recorrí, despacio, una, dos, tres... seis salas, sin encontrar algo que valiera la pena. Decidida a asumir que no encontraría nada de interés, salí por la puerta de la sala. Entonces, fue cuando vi aquella puerta, donde no había entrado nunca. Era una sala que no había visto antes, tal vez porque la puerta no llamaba mucho la atención. La abrí, cuidadosamente, y vislumbré unas escaleras de caracol que parecían interminables. Pero tenían que tener un fin, y me dispuse a encontrarlo.

Despacio y con cuidado, temiendo que las escaleras se desmoronaran bajo mis pies, bajé por aquel laberinto sin fin. Me hice una idea de lo que podría encontrar allí: algunos libros viejos o, simplemente, un cuarto de limpieza. Las escaleras llegaron a su fin y otra puerta similar a la anterior se presentó ante mí. Esta parecía más vieja y desgastada, como si nadie la hubiera abierto hace años. Y yo me preparé para ser la primera en hacerlo.

Se abrió con más facilidad de lo que creía. Pero yo no pensaba en lo ligera que era, ni siquiera me preocupé cuando se cerró de golpe. Mis ojos solo veían lo que tenía delante, una montaña gigante de libros: de bolsillo, con cubiertas impresionantes, finos, con un grosor incalculable... Todo tipo de libros. Sin embargo, la sala tenía estanterías completamente vacías. Los únicos libros estaban en aquel montón cercano a la puerta. Y eso solo podía significar una cosa: alguien pretendía quemarlos.

Ya fuera porque algunos de ellos estaban muy descuidados o porque ya no tendrían ningún valor, me interesaban. Entonces cogí un libro de aquel montón. En la cubierta, se distinguían algunas letras entre el polvo: *Lluvia de lágrimas*. Tenía una cierta particularidad: no aparecía el nombre del autor. Cogí otro más grueso llamado *Días de otoño*, y tampoco aparecía ningún autor. Pensé que se habrían borrado con el paso del tiempo, pero más tarde descubriría la razón.

Pasé alrededor de una hora mirando aquellos libros tan maravillosos, pensando en cuál me llevaría, si pudiera elegir entre ellos. Al cabo de un tiempo, me levanté y fui observando la sala. No tenía mucha distancia del suelo al techo, pero sí tenía una profundidad considerable. Pensé que si me adentraba allí, no saldría nunca. Pero la curiosidad me podía, así que, con la escasa luz que daban aquellas ventanas mugrientas, entré en aquella encrucijada.

Resultaba muy confuso orientarse entre todas esas estanterías vacías. Di vueltas y vueltas por todos aquellos pasillos y, al final, sin esperanza alguna de encontrar algo que quedase entre todo aquello, decidí volver. Entonces, al fondo, vi una estantería con libros.

Supuse que eran los que quedarían por trasladar al montón. Me acerqué y cogí un libro. Apenas miré el nombre, cuando me di cuenta de que entraba una tenue luz por el hueco que el libro había dejado al cogerlo. Libro a libro, la luz se fue intensificando. Cuando quité todos esos libros, descubrí una ventana con salida al exterior.

Era un patio normal: algunos arbustos, un pequeño pozo en la mitad, etc. Llamarlo “exterior” no era apropiado porque, en el techo, en vez de la luz del Sol, entraba la luz de la sala de arriba de la biblioteca por unas baldosas translúcidas.

Me aproximé hasta el pozo, que era lo que más me llamaba la atención. Esperaba encontrar un cubo para sacar agua, pero no.

Una gran pluma y un pozo lleno de tinta. Entre todo lo que me había encontrado, eso era lo más raro. Mientras mis pensamientos se encontraban en torno al significado de aquel extraño pozo, se abrió la puerta.

Mi primera reacción hubiera sido girarme. Sin embargo mi cuerpo no respondió a mi cerebro. Me quedé petrificada, mirando a los ojos de quien parecía ser el limpiador de la biblioteca, y él, asombrado, mirando los míos. Al cabo de un tiempo, logré pronunciar una explicación, insuficiente, de por qué estaba allí: por una mera equivocación. Esperaba algo como “salga de aquí” o “lleve más cuidado la próxima vez”. En vez de eso, aquel hombre me explicó lo que era aquello: un pequeño pozo que escribía libros. Dejé escapar una risa, que incomodó al hombre. No sé si esperaba que una niña, de quizá no más de doce años, se creyese tal historia, pero se quedó plantado en el mismo sitio, sin ningún gesto, hasta que paré de reírme. Me explicó lo de los libros sin autor, los de la montaña de al lado de la primera puerta. No se me ocurrió nada que decirle. No tenía nada que decirle. Sin embargo, él hablaba sobre el pozo, sobre que pocas personas sabían esta maravilla, pero yo seguía sin creerlo. Se me ocurrió preguntarle que por qué querían quemar esos libros, a lo que él me respondió algo que no me esperaba: “Porque contienen muchas cosas que la mente humana no puede asimilar”. Le dije que si me podía llevar uno de aquellos libros y él afirmó que si esperaba a media noche, el pozo crearía uno para mí. Vacilé por un instante. Pero la curiosidad se apoderaba de mí de nuevo, así que decidí esperar.

Pasaron algunas horas, quizá dos, y el hombre seguía contándome historias que, para una niña de once años, resultaban poco creíbles, pero me interesaban. Y entonces, el reloj de muñeca de aquel hombre marcó las doce. El hombre se acercó al pozo y yo me quedé sentada, esperando. El hombre, a duras penas, logró sacar un libro. Alucinada, corrí hasta allí. Leí el título: *El pozo de las palabras*.

No sé cómo, pero me quedé dormida junto a aquel hombre que se había ganado mi confianza. Y entonces, el ruido de pasar la hoja de un libro, me despertó.

Me levanté sobresaltada, esperando encontrar al viejo hombre que limpiaba la biblioteca. En vez de eso, vi que estaba en una sala en la que ya había estado antes, con un libro encima de la mesa, un libro que me resultaba muy familiar: *El pozo de las palabras*.

Y la verdad es que aquel hombre tenía razón: hay algunas cosas que la mente no es capaz de asimilar.